

# El temblor de María Zambrano

David López

«Hay una tierra amarilla abrasada por un fuego que no es el del sol, que parece brotar de ella misma, y sobre ella una ciudad pequeña que también tiembla». Lo dice María Zambrano en uno de los textos incluidos en la antología *Algunos lugares de la poesía* (Trotta, Madrid 2007). Pero ¿qué, o quién, tiembla «también», a la vez que esa pequeña ciudad que no puede ser sino Segovia?

Ese texto de fuego y de temblor lleva por título *San Juan de la Cruz: de la «Noche oscura» a la más clara mística* y fue publicado por *Sur* (Buenos Aires) en diciembre de 1939. Ahora se ofrece al público como ejemplo de lo que a María Zambrano le ocurrió al leer textos de algunos poetas: lugares extremos de la palabra donde los seres humanos han dicho cosas sobre lo que no puede ser dicho; y lo han hecho, además, tomados, poseídos, aniquilados, precisamente por *Eso* que no puede ser dicho: *Eso* que el filósofo querría apresar con su razón sistémica: *Eso* en lo que el místico se deja abrasar.

La edición, la introducción –por cierto brillante– y las notas de esta antología son de Juan Fernando Ortega Muñoz. La idea fue de la propia María Zambrano: «He tenido el proyecto de buscar los lugares decisivos del pensamiento filosófico, encontrando que la mayor parte de ellos eran revelaciones poéticas. Y al encontrar y consumirme en los lugares decisivos de la poesía me encontraba con la filosofía.»

Esos lugares «decisivos» de la poesía –y, por tanto, de la filosofía– parece que los encontró María Zambrano en la siguiente nómina de poetas: Cervantes, San Juan de la Cruz, Antonio Machado, Unamuno, Enrique de Mesa, Federico García Lorca, León Felipe, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Emilio Prados, José Bergamín, Arturo Serrano Plaja, Jaime Gil de Biedma, José

Ángel Valente, Carlos Barral, Lydia Cabrera, María Victoria Atencia, Marino Piazzola, Octavio Paz, José Lezama Lima, Pablo Neruda y Reyna Rivas. No todos estos poetas fueron igualmente «decisivos» para María Zambrano; pero todos ellos se adentraron –con la razón poética– en lo que se presenta. Y –a diferencia de lo que hace el filósofo– lo dejaron existir, sucio, incompleto, dudoso, en un mundo fragmentado, penumbroso, desgarrado entre la existencia y la inexistencia, entre la verdad y la fantasía, entre el ser y la nada: un mundo que es más verdad que la verdad que ofrece la razón de los filósofos.

Entre todos los poetas que eligió María Zambrano hay uno que se adentró más que ninguno en lo que se presenta; hasta el punto de escapar de la claustrofóbica caverna de Platón excavando, con las manos de la poesía, en sus sombras. Enamorado de ellas. Y ese poeta pasó al otro lado, pero en dirección opuesta a la marcada por el filósofo griego («toda ciencia trascendiendo»). Allí, en el corazón de las sombras, se dejó aniquilar por un fuego que, según María Zambrano, no siendo del sol, abrasaba las tierras de Castilla. Ese poeta se llamó en vida Juan de Yepes Álvarez (ahora se llama San Juan de la Cruz) y era un diminuto fraile que, según la filósofa malagueña, brotó de las tierras abulenses con la humildad y la fragancia del tomillo pardo. ¿Qué fuego es ese? María Zambrano no responde a esta pregunta; quizás porque la respuesta es obvia: ese fuego, para ella, es Dios. Y es que San Juan de la Cruz poetiza –cuenta a otros– su encuentro con Dios, casi con obscenidad, y María Zambrano poetiza a su vez ese poetizar; con reverencia, con estupor maravillado. Ella siempre creyó en Dios –en un Dios «del corazón», decía– pero nunca pudo encontrarse con Él: no pudo nunca decir «Quedéme y olvidéme/ el rostro recliné sobre el Amado/ cesó todo y dejéme/dejando mi cuidado/ entre las azucenas olvidado.»

Prueba del desencuentro entre Dios y María Zambrano son estas palabras: «Voy a seguir buscando la palabra perdida, la palabra única, secreto del amor divino-humano». Las escribió en el discurso que no pudo leer cuando le concedieron el premio Cervantes. No pudo leerlo porque su cuerpo no pudo. Poco le quedaba ya a María Zambrano para no poder decir más cosas. Nunca más. A ella le hubiera gustado regresar en vida –como San Juan de

la Cruz— al lugar del que salió su alma. Y contarlo. Le hubiera gustado, quizás, que el fin de su exilio político hubiera coincidido con el fin de su exilio metafísico (no hay que olvidar que la inteligencia de María Zambrano respiraba en la metafísica neoplatónica). San Juan de la Cruz sí había regresado, sí había vivido la experiencia límite, el fin de todas las experiencias, y la había contado.

¿Cómo consiguió ese encuentro el abulense? ¿Fue la poesía un mero instrumento para expresar a otros la experiencia de la fusión con Dios o, por el contrario, el camino para llegar a Él? María Zambrano ha pasado a la historia de la filosofía —y de la poesía— por una aportación: la razón poética, la cual se nos brinda como una forma de razón que supera, en eficacia, la meramente sistémica. Para María Zambrano se trata de un tipo de razón débil, menos pretenciosa, menos exigente con su objeto (con lo se que pretende saber). Es, en definitiva, un método —un camino— mejor; mejor para llegar adonde la filósofa malagueña quiere llegar, que no es propiamente un «llegar» para ella, sino un «regresar» del alma a Aquello de lo que se ha desgajado. Pero María Zambrano, aunque se sabe bien su propia lección, no puede regresar. Está condenada a la filosofía, al exilio, a la inquietud. Por eso no puede decir, como San Juan de la Cruz: *En una noche oscura/ con ansias, en amores inflamada/ ¡oh dichosa ventura!! salí sin ser notada/ estando ya mi casa sosegada*. La casa de la filósofa malagueña no conoció ese sosiego, y no podía conocerlo, según nos dice ella misma en su texto sobre el místico castellano, porque el filósofo «no parte estando ya su casa sosegada, sino que sale con todo lo que le tiene despierto: pasiones, afanes, instintos». Ella es filósofa, no mística, lo que la impide alcanzar la experiencia que San Juan de la Cruz narra en sus poemas. Y así lo dice ella misma: «El místico no quiere conocer sino que quiere ser». Pero para que el místico sea lo que quiere ser ha de ocurrir algo atroz: «Lo que el místico busca es salir de esa soledad atravesando como la crisálida su cárcel. Mónada sin ventanas, el alma humana del místico sólo ha de hallar remedio devorando su propia cárcel, su propia alma. Su desafortado amor por el todo proviene de que en nada puede fijarse, de que ninguna cosa le trae mensaje alguno, de que la comunicación normal con los seres y las cosas que pueblan el

mundo se ha hecho imposible y el alma se ha quedado sola, recluida. Del pozo de su soledad ha de salir, aunque le cueste el no ser ya cuando haya salido.» San Juan de la Cruz salió y, según María Zambrano, esa salida no fue la muerte, sino algo intermedio entre la vida y la muerte. El santo de los poetas «muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte; que hay un reino más allá de esta vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas. [...] Por eso no es la *nada*, el vacío, lo que aguarda al alma en su salida; ni la muerte, sino la poesía en donde se encuentran en entera presencia todas las cosas.»

María Zambrano da cuenta así de ese erotismo, físico y, a la vez, metafísico, que rezuma la poesía de San Juan de la Cruz: un erotismo no platónico –Luce López-Baralt diría que claramente sufí– porque se enciende con las sombras de la caverna. Así, el encuentro con «El Amado» (que no es otro que el Dios cristiano), quitaría el ser al ser del hombre y lo transformaría en una nada capaz de sentir en plenitud el tejido poético de lo que se presenta y pasarlo al lenguaje de los hombres: «[...] su poesía parece venirnos de nadie, de nadie visible; parece ser algo producido por sí mismo. Y la voz humana se ha quedado atrás y atrás la persona misma. ¿Qué ha pasado en todo ello? La existencia de San Juan es un no existir; su ser es al fin haber logrado no ser.»

Pero María Zambrano siempre *fue*, no pudo abandonar los padecimientos de la condición humana: estuvo siempre estupefacta, inquieta, ante el espectáculo del mundo, ante los sistemas de los filósofos, ante los mundos fragmentados y nebulosos de los poetas, ante ese Dios para ella imprescindible, irrenunciable, que no se presentó nunca, que no puso fin al cruel exilio de una de sus más conspicuas creyentes.

María Zambrano sembró azucenas –sus frases– para abandonar su cuidado entre ellas, pero no se atrevió a decir, como San Juan de la Cruz ante Dios, «acaba ya si quieres». Ella pensaba, como su admirado Nietzsche, que para salvarse hay que hundirse, perderse, entre las sombras de la caverna, que es donde habitan los poetas-filósofos de verdad, pero, platónica a su pesar, no resistió la atracción de los infiernos de la luz: de la filosofía sistémica, que quiere que todo lo que se presenta quepa –muera– en un sistema

lógico fabricado por el hombre. No se atrevió María Zambrano a abandonar los acogedores infiernos de la luz: la caverna donde permanecen eternamente prisioneras las ideas de Platón.

«Hay una tierra amarilla abrasada por un fuego que no es el del sol, que parece brotar de ella misma, y sobre ella una ciudad pequeña que también tiembla». Es Segovia esa ciudad, y María Zambrano dice que tiembla, *también*, como la propia filósofa. Así lo reconoció ella en la introducción a otra de sus antologías: «[...] mi intención es ofrecer este *Hacia un saber sobre el alma* tal como lo hice al entregarlo para la primera edición; sin extraer ni añadir nada del temblor que creo que aparezca en todo lo que he dado a publicar.»

Creo que las dos –Segovia y María Zambrano– tiemblan porque sienten en sus entrañas el fuego que abrasó –que acogió– a San Juan de la Cruz. Kierkegaard también tembló ante ese fuego. Por temor. María Zambrano no. Ella lo hizo por amor: por amor hacia un Dios que –como la poesía– crea y abrasa las tierras, los soles y las almas.

¿Tiemblan los miembros de ese credo que Karl Popper denominó «religión de la ciencia»? Se acaba de publicar –también en Trotta– un tratado sobre Dios: *Los científicos y Dios*. El autor es Antonio Fernández Rañada: catedrático de física teórica en la Universidad Complutense de Madrid. Este tratado se publicó por primera vez en 1994 (Ediciones Nobel) y su tesis básica es que «por sí misma, la práctica de la ciencia ni aleja al hombre de Dios ni lo acerca a Él.» Fernández Rañada quizás no siente del todo, como San Juan de la Cruz y como María Zambrano, que haya que trascender la ciencia para ver.

¿Para ver *Qué?*

Pero sí denuncia el catedrático de física las cegueras del fundamentalismo cientista: esa férrea disciplina de la mirada que niega todo valor a los «hechos» que no caben –que no pueden sobrevivir– en su asfixiante modelo de totalidad.

Sí. La física teórica actual también tiembla, como la ciudad de Segovia junto a sus tierras amarillas; como María Zambrano: abrasadas, desde dentro, por un fuego que no es el del sol: un fuego en el que brotan, tiemblan y mueren infinitos universos paralelos –con sus infinitos poetas paralelos–. De ese fuego de fertilidad

infinita –de poesía infinita– da cuenta, pero sin quererlo, y desde el más feroz e ingenuo de los antropocentrismos, una obra de Michio Kaku que acaba de ser publicada en España por Atalanta. Su título es *Universos Paralelos*.

Todos temblorosos.

## Notas

María Zambrano: *Algunos lugares de la poesía*, Trotta, Madrid, 2007.

Antonio Fernández Rañada: *Los científicos y Dios*, Trotta, Madrid, 2008.

Michio Kaku: *Universos paralelos*, Ediciones Atalanta, Girona, 2008.